

Deslindes del campo antológico regional costarricense (Guanacaste, San Ramón y Puntarenas, 1983-2024)

Boundaries of the regional anthological field of Costa Rica (Guanacaste, San Ramon, and Puntarenas, 1983-2024)

Carlos Manuel Villalobos Villalobos¹

Costa Rica

Universidad de Costa Rica

Correo electrónico: carlos.villalobos@ucr.ac.cr.

ORCID: 0000-0002-1691-964X

DOI: <https://doi.org/10.66778/RH.e06n03.01>

Recibido: 4 de julio, 2025

Aceptado: 3 de noviembre, 2025



Resumen

Este es un artículo de carácter historiográfico en el que se analiza la constitución de las antologías literarias regionales en tres zonas de Costa Rica: en San Ramón (cantón de Alajuela) y en las provincias de Guanacaste y Puntarenas. El periodo en estudio va de 1983 a 2024 y considero un corpus compuesto por dieciséis antologías. Se encontró que la mayoría de los compendios tienen como objetivo reunir la producción de las agrupaciones literarias que funcionan en las regiones. Entre estos grupos destacan el Centro Literario Guanacasteco, el Colectivo Poético Costeño de Puntarenas y la agrupación ramonense Ceniza Huetar. Otras antologías tienen como función mostrar

1 Doctor en Literatura Centroamericana, máster en Literatura Latinoamericana y licenciado en Periodismo. Profesor catedrático de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.

panoramas representativos del acervo literario local y, de paso, afirmar la identidad cultural de las regiones. Se concluyó que entre las finalidades de las antologías se encuentra el deseo de impugnar el canon oficial, pues algunos de los antologadores, especialmente en Guanacaste, exigen que las literaturas locales tengan visibilidad en el ámbito nacional.

Palabras clave: antologías, canon, literatura regional, literatura costarricense, grupos literarios.

Abstract

This is a historiographical article that analyzes the formation of regional literary anthologies in three regions of Costa Rica: San Ramón (Canton of Alajuela) and the provinces of Guanacaste and Puntarenas. The period under study runs from 1983 to 2024 and is considered a corpus composed of sixteen anthologies. It was found that most of the compilations aim to gather the production of literary groups that operate in the regions. Prominent among these groups are the Centro Literario Guanacasteco, the Colectivo Poético Costeño of Puntarenas, and the Ceniza Huetar group from San Ramon. Other anthologies function to showcase representative panoramas of the local literary heritage and, in passing, affirm the cultural identity of the regions. It was concluded that one of the purposes of the anthologies is the desire to challenge the official canon, as some of the anthologists, particularly in Guanacaste, demand that local literatures have visibility at the national level.

Key words: anthologies, canon, regional literature, Costa Rican literature, literary groups.

1. Introducción

En un artículo anterior, titulado “Los deslindes del campo antológico en Costa Rica: el caso de Pérez Zeledón y Turrialba (1980-2024)”, aparte de algunas consideraciones teóricas sobre el

tema del campo antológico, consideré la historia de las antologías regionales en Pérez Zeledón y Turrialba. La escogencia de estas dos zonas no se debió a cuestiones de cercanía geográfica, sino al hecho de que estos dos cantones son los pioneros del campo antológico regional costarricense.

En dicho estudio planteé algunas generalidades históricas y temáticas de este campo literario en Costa Rica, a partir de la primera antología la *Lira costarricense* (1890, I tomo y 1891, II tomo) y su cometido de oficializar el canon literario nacional. Un primer antecedente, que en principio intenta cuestionar esta premisa nacionalista, es la antología *Hemos escrito. Selecciones de escritores alajuelenses*, publicada en 1821 por León Cortés, Raúl Acosta G. y Luis Dobles Segreda. Aunque este primer compendio incluye únicamente la producción provincial, el objetivo es hacer un homenaje a la nación en el marco de su primer centenario. En este sentido, la antología alajuelense no plantea una impugnación al canon oficial, sino, más bien, un deseo de contribuir con su construcción.

Otro antecedente en la historia de este campo es el compendio *Los huertos del terruño. Breve antología de autores alajuelenses*, que publica en 1969 una agrupación literaria llamada Escala. Es un grupo de escritores, en general diletantes, que comparten inquietudes literarias, así como la idealización de la “tierra nativa”. Aunque no consiguieron figurar en el canon nacional, representan el primer desplazamiento geográfico en la historia de las antologías regionales. No obstante, más que cuestionar el canon oficial, su intención fue publicar un documento que funcionara como memoria de las producciones del grupo.

La historia de las antologías regionales, en tanto impugnación de la literatura oficial, es una tarea que emprenderán los escritores de zonas un poco más alejadas del Valle Intermontano Central. Este segundo desplazamiento es el que inaugura propiamente lo que entendemos en esta investigación por

“campo antológico regional”. El primer paso se dará en Pérez Zeledón en 1980 con la *Antología de poetas generaleños*, publicada a propósito del cincuentenario del cantón. Un año después, lo secundará Turrialba con la *Antología de poetas turrialbeños*. En el estudio citado considero el período de 1980 a 2024. En total identifiqué que en Pérez Zeledón se publicaron ocho antologías, mientras que Turrialba únicamente cuenta con dos compendios.

En este nuevo artículo completo el panorama con el caso de otras tres regiones que también han contribuido al desarrollo del campo antológico regional. De acuerdo con la fecha de publicación de la primera antología, en su orden histórico son Guanacaste, San Ramón y Puntarenas.

2. Guanacaste: los reclamos de la “patria regional” chorotega

Salvo María Leal de Noguera (1892-1989) y Hernán Elizondo Arce (1920-2012), cuyos nombres se mencionan en la mayoría de los textos historiográficos costarricenses (Bonilla, 1967; Sandoval, 1978; Rojas y Ovares, 2018), es posible afirmar que los escritores oriundos de Guanacaste han sido excluidos del canon literario nacional. Se han dejado por fuera, por ejemplo, a los poetas de la idealización rural guanacasteca como Rodolfo Salazar Solórzano (1908-1982) o Carlos María Arauz Aguilar (1927-1988), entre otros; mientras que en el Valle Central autores que abordan las temáticas del folclor local como Aquileo J. Echeverría y más tarde Arturo Agüero Chaves, han gozado de mayor reconocimiento.

Marco Tulio Gardela demostró, con datos más precisos, cómo ha funcionado históricamente esta exclusión. Se tomó la tarea de revisar veintiún antologías de poesía costarricense para analizar la presencia de guanacastecos en el campo antológico nacional. De estas, encontré que en doce no se menciona ningún poeta oriundo de la provincia, en cinco aparece únicamente un nombre y en cuatro se mencionan como máximo dos autores (Gardela, 1995, pp. 7-8). Si esto lo vemos en términos relativos es

posible afirmar que en casi un 60% de las antologías costarricenses se han omitido autores oriundos de Guanacaste, y las que los incluyen, lo hacen de manera minoritaria. A este dato se agrega el hecho de que ni una sola mujer procedente de Guanacaste ha sido considerada en este corpus antológico.

El chileno Alberto Baeza Flores, quien por cierto en su antología *Evolución de la poesía costarricense* de 1979 no incluye a ningún guanacasteco, intenta enmendar su omisión y en 1983 reflexiona sobre el quehacer literario de la provincia. Acota que por lo menos los poetas Miguel Fajardo, José Porras y José Cabrera figuran en algunas antologías nacionales, tales como la *Antología de una generación dispersa* (1982) y *Nuevos poetas costarricenses* (1983).

Con base en estos datos es evidente que la provincia guanacasteca, en el ámbito de la literatura costarricense, ha sido relegada por la hegemonía *vallecentralista* a una condición periférica. Esta circunstancia ha generado diversos reclamos por parte de los guanacastecos y, al mismo tiempo, ha motivado iniciativas locales que buscan enmendar la inadvertencia.

La primera agrupación que se propone esta tarea surgió a inicios del siglo XX en Liberia. Se conoció como Sociedad para el Fomento de Liberia. De acuerdo con Miguel Fajardo se fundó en 1901 y funcionó hasta 1904. El grupo “procuró el estímulo cultural del cantón” (Fajardo y Porras, 2024, p. xii) y aunque no legaron libros literarios, sus miembros solían publicar en *La Vanguardia*, un semanario de temas diversos que imprimían ellos mismos.

En 1958, precisamente con el objetivo de visibilizar el quehacer literario de la provincia, se funda en Abangares la Asociación Guanacasteca de Autores (AGA). De acuerdo con Marco Tulio Gardela, fue la primera organización de la provincia dedicada exclusivamente a la promoción literaria (1995, p. 36). Para efectos de la historia de las literaturas regionales, esta afirmación también aplicaría para todo el país, pues dicha asociación se conformó antes que el Círculo de Escritores Turrialbeños. Se mantuvo activa hasta

1971 y entre los objetivos se propusieron: “Descubrir a los creadores guanacastecos, en las diferentes ramas de la literatura (y) procurar un acercamiento entre los escritores, efectuando reuniones en las que pudieran presentarse intervenciones artísticas” (Fajardo y Porras, 2024, p. xiii).

Sin embargo, esta agrupación no tuvo gran impacto en la provincia, como sí lo tendrá, a partir de 1974 el Centro Literario de Guanacaste, que nace, como apunta Gardela, para promover la creación “de los polos culturales regionales, fuera de los centros absorbentes capitalinos” (1987, p. 5). Este grupo proclama como principio rector “cultivar el arte literario guanacasteco y fortalecer la cultura de la Patria Regional, la Guanacastequidad” (Gardela, 2004, contraportada).

Esta declaración de identificación provincial es la que legitima e impulsa un proyecto que para el 2024 celebra medio siglo de existencia. Inicialmente la agrupación se denominó Centro Literario de Liberia y fue constituida por iniciativa de Marco Tulio Gardela y Rodolfo Salazar. Como primer paso, acudieron a los centros educativos con el propósito de promover la producción literaria. En 1986 advierten que la iniciativa debería proyectarse más allá de Liberia y modifican el nombre de modo que abarcara toda la provincia. La agrupación sobrevivió gracias a la concurrencia de más de trescientos escritores que han pasado por la organización (Gardela, 2004, p. 9). A ello se le suman centros educativos, gobiernos locales y representantes legislativos que han formado parte de las alianzas para garantizar la gestión cultural.

Es posible establecer una sistematización histórica de este grupo en al menos tres etapas. La primera abarca desde su fundación como Centro Literario de Liberia hasta 1986, cuando le cambian el nombre para incluir toda la provincia. Esta etapa, además, se caracteriza por el auge de los impresos periódicos poligrafiados. Un segundo momento, ahora como

Centro Literario de Guanacaste, va desde 1986 hasta el 2004, año en que conmemoran el 30 aniversario. Esta etapa, que es la que más interesa para efectos de esta investigación, se caracteriza por el auge antológico. La última etapa inicia en el 2004 y mantiene su vigencia hasta la fecha. Corresponde a un período de apaciguamiento caracterizado por acciones esporádicas.

La etapa de los impresos periódicos poligrafiados empieza con *Aurora literaria*, una revista que fue también el proyecto inaugural del Centro en 1974 y que se mantuvo hasta 1980. Durante esos seis años se publicaron un total de veinte números. Le siguió *Hojas de Guanacaste*, una iniciativa que contó con el apoyo del poeta y diplomático argentino Rubén Vela. Su primer número apareció en 1982 y, luego de doce números, dejó de circular en 1984. Este ciclo se cierra en 1986 cuando nace la *Colección Ahora*, un impreso coauspiciado por la Embajada de España que imprimió veinticinco números con muestras de creadores principalmente de origen guanacasteco. Posteriormente hay dos intentos fallidos. En 1988 intentan una nueva publicación que llamarán *Hojas líricas de Guanacaste*. Sin embargo, no fue posible mantener la regularidad y luego de tres números esporádicos concluye en 1991. Al año siguiente reaparece un número adicional de *Hojas de Guanacaste* (Gardela, 1995, p. 236), pero el aliento alcanzó solamente para un número y esta fue la última publicación en formato de revista.

En la siguiente etapa, el grupo puso mayor empeño en la publicación de libros y en 1993 creó, bajo la dirección de Miguel Fajardo, la colección “Casa Guanacaste”. De acuerdo con Gardela (2004, p. 20), gracias a las gestiones del Centro, para el 2004 sumaban ciento diez libros personales: setenta y dos poemarios, veinticuatro relatos, once novelas, un ensayo y dos diccionarios.

A este repertorio editorial se suma la reunión de voces procedentes o vinculadas con la provincia. Esta es una tarea que los guanacastecos desarrollan a partir de 1983. El documento

fundacional, sin embargo, no se enuncia en su origen como una antología, sino como una muestra de ocho poetas jóvenes guanacastecos nacidos entre 1954 y 1967. El compendio fue elaborado por Miguel Fajardo y se publicó como una separata inserta en la edición número 6 de la revista *Hojas de guanacaste*. Dicha publicación de carácter artesanal tenía 34 páginas e incluía, sobre todo, textos literarios locales y de diversos lugares del mundo. La separata abarca las páginas de la 3 a la 7 y, además de los poemas, agrega datos biográficos de cada uno de los autores. En total son seis hombres y una mujer.

Si bien, Fajardo no tipifica esta publicación como una antología, el poeta chileno Alberto Baeza Flores se encargará de calificarla como tal en la edición siguiente de la misma revista. A propósito de la muestra escribe un artículo titulado “Una antología de la joven poesía guanacasteca”. Acota que lo zonal es importante para identificar la producción literaria de los jóvenes costarricenses. Agrega que “Liberia, en cuanto a la poesía, representa una avanzada en la actividad poética del interior del país” (1983, p. 11).

El comentario encomiástico del reconocido estudioso chileno funcionó como respaldo instituyente y dejó planteada la relevancia de reunir las voces regionales para la reconfiguración de la escena literaria costarricense. Esta incitativa se concreta en febrero de 1986. Marco Tulio Gardela y Miguel Fajardo preparan una muestra representativa de la poesía guanacasteca y consiguen que la revista *Tiempo Actual* publique dicho compendio en un número exclusivo. La antología se titula *Voz lírica de Guanacaste* y la selección la conforman ahora diecinueve poetas clasificados de manera cronológica.

El primer grupo, que se ocupa de poetizar el guanacaste folclórico, según las fechas de nacimiento, se sitúa entre 1893 y 1935. El segundo, que va de 1945 a 1971, se interesa por “temas y motivos universales, en ocasiones desde lo regional

(...) y labran el poema con imágenes polisémicas” (Gardela, 1986, p. 17). Otra diferencia que señalan los antologadores es la estructura. Los folcloristas utilizan la preceptiva tradicional de la métrica y la rima, mientras que los segundos prefieren el formato del verso libre.

La antología se plantea como un aporte del Círculo de Escritores de Guanacaste y, por ello, los antologados, entre los que se encuentran poetas de procedencia nicaragüense, han tenido algún vínculo con la organización. De acuerdo con Fajardo, en esta y las demás antologías, no se exige estrictamente un vínculo natal con la provincia, “por no ser una configuración excluyente” (Fajardo y Gardela, 1987, p. 7). Basta, como requisito, un nexo afiliativo con el Centro y, por lo tanto, con la “guanacastequidad”.

Esta primera recopilación inaugura también el “doble golpe”² de las estrategias del campo literario que señalaba Bourdieu (1995), pues además de lo literario se ocupa de destacar, de manera idealizada, la identidad local. En el prólogo que antecede a la selección se establece claramente dicho objetivo extraliterario: “Guanacaste es venero inagotable de poesía: hombres, paisajes y costumbres se tornan en motivo estético singular; pero también es tierra propia para que el poeta escriba desde la provincia hacia el mundo” (Gardela, 1986, p. 17).

Esta antología, sin embargo, no satisfizo a los integrantes del grupo pues “aparte de las deficiencias de la casa editora” (Fajardo y Gardela, 1987, p. 8) la publicación no cumplió con las expectativas de difusión que se propusieron. Para enmendar estas falencias un año después, el Centro Literario replantea el proyecto y, esta vez con apoyo de la Municipalidad de Liberia y el Ministerio de Educación Pública, imprimen una nueva versión. La titulan *Hojas líricas de Guanacaste. Florilegio del Centro literario de Guanacaste*.

2 En el libro *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Pierre Bourdieu plantea que la mayoría de los hechos literarios están motivados por cuestiones extraliterarias y que muchas de las acciones son “golpes dobles”, pues son a la vez estéticos y políticos (p. 308)

Una de las estrategias que utiliza el Centro como prueba de éxito es la cuantificación de los escritores y sus publicaciones. En este caso, por ejemplo, se consigna que la antología está integrada, en orden cronológico, por “32 autores con 172 poemas. Sus fechas de nacimiento abarcan de 1908 hasta 1971” (Fajardo y Gardela, 1987, p. 9). Al igual que en la versión anterior, en esta antología participan autores guanacastecos y allegados que proceden de otras regiones del país, así como de la vecina Nicaragua. En cuanto al ideario en este proyecto se mantiene la tesis de que Guanacaste es el anfiteatro de una producción literaria destinada a integrar el quehacer de todas las provincias de la nación. En el prólogo, Miguel Fajardo lo resume de la siguiente manera: “el alma nacional será la suma del quehacer de cada provincia, cuya configuración evidencie el desarrollo alcanzado a lo largo y ancho de su territorio” (1987, p. 7). Dicho de otro modo, aunque los participantes tienen un vínculo con el Centro, esta antología aspira a ser nacional. Desplaza la preponderancia josefina y coloca a Liberia como el punto desde el cual se articula una propuesta literaria alternativa, desligada del canon oficial y de la perspectiva hegemónica del Valle Central.

Uno de los propósitos del Centro Literario, sobre todo frente a esta exclusión de la metrópoli, es, como ya señalé, afirmar la identidad guanacasteca a través de la literatura regional. Para esta tarea el público meta será principalmente la población estudiantil. Con el propósito de cumplir con este objetivo, también en ese año de 1986, Gardela y Fajardo publicaron una muestra antológica de diez autores guanacastecos con textos de poesía para niños. La titulan *La región del Arco Iris: poesía de Guanacaste para escuelas* y, desde luego, se distribuyó en los centros educativos de la región.

Pero esta promoción de la literatura guanacasteca no estaría completa si, paralelamente, no se promueve la formación de nuevos autores. Para esta tarea en 1988 el Centro gestionó, en alianza con los circuitos educativos y la Universidad Nacional,

el Certamen Chorotega dirigido a las poblaciones estudiantiles. Las obras seleccionadas, como resultado de este concurso, fueron publicadas en una antología en 1989 por la Sección Regional de la UNA.

Estas antologías dirigidas a la población estudiantil tuvieron una doble función pues, por un lado, reforzaron el autorreconocimiento provincial a través del discurso literario y, por otra parte, sirvieron de motivación para la producción creativa y el fomento de posibles voces representativas de la provincia.

En 1989 el Centro Literario elabora la tercera antología panorámica de la poesía guanacasteca, pero a diferencia de las anteriores en esta la pertenencia al Centro no es la que demarca estrictamente la selección. El documento se titula *Árbol Territorio (1892-1979)* y fue impreso con el auspicio del Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica (Mideplan). Esta vez, al equipo de Marco Tulio Gardela y Miguel Fajardo, se une, como antóloga, la poeta Ligia Zúñiga Clachar. La participación de Zúñiga resulta estratégica, pues además de literata es una activista de la “guanacastequidad” fuertemente vinculada con el quehacer político regional.

La noción simbólica del árbol que aparece en el título de la antología será, por cierto, utilizada por Gardela para su tesis de licenciatura en Filología Española que defenderá en 1995. Su investigación se titula *Guanacaste, árbol poético*. Dicho documento académico es relevante para comprender las sistematizaciones antológicas pues, aunque no es una antología propiamente, Gardela selecciona obras de cincuenta autores que estudia de manera cronológica. Para el análisis establece una clasificación historiográfica con base en los temas recurrentes de las obras escogidas. Para dicha sistematización establece dos períodos: el tradicional, que va de 1892 a 1946 y el universal, que ubica entre 1947 y 1970. Encuentra que en el primer período los autores suelen evocar tópicos locales mientras que en el segundo abarcan

temáticas diversas. En este documento, Gardela agrega al acervo literario de la región textos de procedencia chorotega. De este modo, con criterio académico, establece las bases para definir un canon regional. El principal criterio para establecer el corpus sigue siendo lo cuantitativo y, por ello, resulta útil la metodología cuantificativa del campo antológico.

En 1991 este mismo equipo constituido por Gardela, Fajardo y Zúñiga, al tenor de las inquietudes políticas y el proyecto de afirmación provincial idean una nueva antología poética. Esta vez rompen con la intención historiográfica que tenían los proyectos anteriores y publican un libro titulado *Confraternidad Guanacasteca siempre*. No es un proyecto meramente literario, pues este nombre evoca a un célebre partido político provincial que fue fundado en 1937 por Francisco Vargas Vargas. Se trata, en consecuencia, de una publicación de trasfondo ideológico que integra el ideario del partido con una muestra de poemas encomiásticos relativos a la experiencia política y a la guanacastequidad. En el prólogo los antologadores plantean esta finalidad en los siguientes términos:

El Centro Literario de Guanacaste rinde homenaje lírico al esplendor inextinguible del partido Confraternidad Guanacasteca, mediante la participación de 30 autores presentados según orden cronológico en sus fechas de nacimiento, con poemas que reverdecen aquella época gloriosa y sus repercusiones, y acicatean al guanacasteco actual, para que florezca nuevamente en su conciencia, el deseo de luchar por guanacaste. (Fajardo et al., 1991, p. 8)

En la parte liminar, además del manifiesto que resume el ideario de líder fundador, se transcriben tres textos que refuerzan el ideario de lucha. El primero se titula “Guanacastequidad” y lo suscribe Marco Tulio Gardela; el segundo es “La gesta de Llano Grande” de Carlos Luis Altamirano y el tercero es “Viva Vargas” de Hernán Elizondo.

Dicha antología activista es un caso sui generis en el campo antológico costarricense, pues es la primera que se publica como un acto de reivindicación regional. Los participantes intervienen como voceros de un proyecto político. La reclamación que le vienen haciendo a la metrópoli por la exclusión histórica suma ahora lo poético-político como plataforma de lucha. Es por lo demás la única muestra antológica regional donde hay una total sintonía entre la temática de los poemas antologados y la pertenencia geográfica.

Esta ruptura de la tradición antológica regional será seguida por otro proyecto novedoso que esta vez desarrolla Miguel Fajardo. Se refiere a la tarea de la inclusión de voces femeninas en la construcción del canon guanacasteco que gesta el Centro Literario. Como antecedente en 1991 el estadounidense Alexander Wells McGuinness, del Saint Olaf College se interesa por la presencia de escritoras femeninas en Guanacaste y publica un documento titulado *La poesía femenina de Guanacaste* en el que estudia seis autoras (Fajardo, 1996, p. xi). Esta iniciativa es la que motiva a Fajardo a elaborar una muestra más amplia y representativa de escritoras oriundas de la provincia. En 1996 concreta este proyecto en una antología que titula *Otras lunas: presencia femenina en la literatura de Guanacaste (1891-1996)*. En total, reúne diecinueve autoras, tanto poetas como narradoras, agrupadas de manera cronológica según sus fechas de natalicio.

Es la primera antología que integra la mirada regional con un enfoque de género. Sin embargo, Fajardo aclara en el prólogo que no “busca paradigmas de sexismo como fenómeno ideológico ni como programación social” (1996, p. x). Su interés consiste en “marcar, con sumo cuidado, el acento, la voz, el espíritu y el alma” (1996, p. xi) de las mujeres que producen literatura en Guanacaste. El reclamo a la metrópoli se mantiene en este compendio e insiste que también en esta ocasión busca “llenar el vacío de las exclusiones que se han hecho de nuestra literatura regional” (1996, p. xxxi).

El libro que cierra este ciclo antológico se titula *Guanacaste Escribe*. Fue preparado por Marco Tulio Gardela en el 2004 en conmemoración del 30 aniversario del Centro Literario de Guanacaste. Es el volumen más ambicioso de la serie, pues incluye exactamente cien voces (28 mujeres y 72 hombres). Está estructurado en tres partes: “Lunas infinitas” que recoge poemas; “Espejo de espinas”, dedicado al género narrativo; y “Los toritos de bambú”, que incluye textos de literatura para niños.

El conjunto de estos autores representa la herencia del Centro y, por ello, su inclusión en la antología no está determinada por factores estéticos sino por el vínculo con el grupo. Frente a la Municipalidad que financia el proyecto y al respaldo de la entonces diputada Ligia Zuñiga, la antología es además un informe histórico. El documento recoge, como lo explica Gardela en el prólogo, el trabajo de tres décadas. Plantea la confirmación de la identidad guanacasteca a partir de dos nociones constitutivas presentes en la literatura: la herencia chorotega y el imaginario del sabanero. Desde este punto de vista, el compendio remarca la guanacastequidad y al mismo tiempo contribuye al establecimiento del canon literario de la región. Gardela lo resume en los siguientes términos:

Creemos que, en el trascurso del reloj, hemos cristalizado las ideas cardinales que rigen nuestra Confraternidad Guanacasteca de Escritores: cultivar el arte literario de la Patria Regional y fortalecer la Guanacastequidad, en el surco insomne del Guanacaste Eterno. (2004, p. 22)

Con esta última antología, el Centro Literario de Guanacaste selló su impronta de treinta años de trabajo en pro de la literatura de la región. De camino, sin embargo, quedó pendiente de publicación una antología panorámica que en 1987 había preparado Miguel Fajardo. Paradójicamente la había titulado *La demora más larga (1824-1987)*. En el 2024, en el marco del Bicentenario de la Anexión del Partido de Nicoya, por fin, dicho

proyecto se concretó. En este año, en el marco de la celebración del Bicentenario se publican dos nuevas antologías: una de relatos y la otra de poesía. La primera se titula *Cuentos y otros escritos de Guanacaste*, compilados por Miguel Fajardo y Santiago Porras. Incluye cuentos, crónicas y cuadros de costumbres. La segunda es *Guanacaste. Poesía entre siglos (1824-2024)*, el proyecto que, como ya anoté había venido desarrollando Miguel Fajardo desde 1987. Dada la relevancia de la efeméride, ambos libros se proponen como una muestra del legado guanacasteco a la producción literaria nacional y, por lo tanto, fueron acogidos por editoriales universitarias. El texto de cuentos y otros escritos es una coedición entre las editoriales de la Universidad Nacional y la Universidad Estatal a Distancia. El de poesía contó con el sello de la EUNED. Se trata de los compendios más ambiciosos publicados hasta el momento a propósito de las letras guanacastecas, pues abarca el panorama historiográfico de toda la provincia. La antología que prioriza el género del cuento incluye en total 27 autores (23 hombres y 4 mujeres) que van, en cuanto a lo cronológico, desde Francisco Faerrón Suárez nacido en 1873 hasta Víctor Piloyo de 1957. Por su parte, la recopilación del género lírico considera 77 poetas (58 hombres, 19 mujeres). Incluye tres poemas de origen chorotega que Antidio Cabal consideró para su antología *Poesía Indígena I*, publicada en San José en el 2003 (Fajardo, 2024, p.2). El primero de estos poemas, escrito en náhuatl, fue recopilado en 1874 por el Dr. Chas H. Berentd y, sería, por lo tanto, un texto que posiblemente se produjo durante la Colonia. Evidentemente a modo de homenaje, Fajardo abre la muestra con dos textos de Marco Tulio Gardela, traducidos por dicho poeta a la lengua mangué chorotega. El resto de la antología sigue un orden cronológico. Empieza con Leonidas Briceño Baltodano quien nació en 1892 y cierra con el joven Carlos Manuel García Rizo de 1994.

En los espacios prologales de ambas antologías se resume la historia y contribuciones de la literatura guanacasteca. En el prólogo titulado “Cuentos y escritos del Guanacaste que fue” a

Santiago Porras le llama la atención el hecho de que a pesar de la dificultad que tuvieron para acceder a obras canónicas de otros contextos, los primeros narradores guanacastecos desarrollaron, con sus recursos limitados, una obra valiosa. De acuerdo con sus estéticas, posiblemente, compartieron lecturas con autores como José Santos Chocano, Ricardo Palma y Rubén Darío. Sin embargo, aunque “podría aventurarse que fueron influidos por el modernismo, (...) en ellos predomina el costumbrismo, tan en boga por entonces, y cuya presencia aún se nota en autores contemporáneos” (Fajardo y Porras, 2024, p. 13).

Por su parte, Fajardo introduce la antología de poesía con un prólogo que titula “Perfiles de la poesía del Norte G”. Replica también los aspectos fundamentales de la historia literaria de la región, definida por las tres agrupaciones que históricamente gestionaron la dinámica cultural de la región: La Sociedad de Fomento de Liberia, La Asociación Guanacasteca de Autores y El Centro Literario de Guanacaste. Tal y como lo había propuesto en su momento Gardela, Fajardo distingue entre los autores raigales y los contemporáneos que presentan una mayor pluralidad de temas. Plantea que la antología “pretende ser un insumo cultural cualitativo y cuantitativo, que indaga sobre la trayectoria de la poesía guanacasteca, para ubicarla en los diversos estadios históricos de la producción poética costarricense” (2024, p. xvi).

A este amplio corpus de antologías guanacastecas habría que agregar el *Florilegio de las nuevas voces de Guanacaste*, que publicó en el 2019 el Colegio Humanístico Costarricense, Campus Nicoya, con el apoyo de Miguel Fajardo. La muestra incluye trabajos de 33 estudiantes regulares y egresados de la institución quienes, además, han sido parte de un taller de escritura creativa que coordina la profesora Gisella Herrera.

Si sumamos esta y otras antologías que recogen producciones literarias estudiantiles, Guanacaste es en la historia del campo antológico regional la que más aportaciones ofrece no

solo en cuanto al número de compendios, sino también a propósito de la diversidad. En este empeño antológico, a los compendios estudiantiles y a las muestras literarias de los miembros del Centro Literario de Guanacaste se suman, como he acotado, muestras de poesía joven, femenina y panorámicas de la literatura provincial. A esta variedad hay que agregarle una antología laudatoria de trasfondo político, donde autores del período universal, como lo llama Gardela, retornan al idealismo tradicional del folclore guanacasteco. No es una contradicción. En el fondo todas estas antologías son exigencias de la “patria regional” donde le demandan a la “patria nacional” mayor reconocimiento y, paralelamente, a lo interno funcionan como patrimonio cultural y evidencias del acervo literario de la provincia.

3. San Ramón de Alajuela: el aura de la ciudad letrada

La aparición de círculos que se interesan por el quehacer literario surge en San Ramón de Alajuela a finales del siglo XIX y continúa a lo largo del XX. De hecho, en la antología alajuelense de 1921, que ya mencioné, figuran cinco autores oriundos del cantón: Julio Acosta García, Lisímaco Chavarría, Rafael Estrada, Arturo García Solano y José Joaquín Salas Pérez. Sin embargo, la primera antología, propiamente ramonense, que se propone recopilar esta tradición es de 1990. Ciertamente es una compilación un poco tardía si se toma en cuenta que la identidad de este cantón está estrechamente ligada a la noción de “tierra de poetas” y que, tal y como apunta Francisco Rodríguez, el establecimiento de un campo cultural letrado en San Ramón “se distingue temprano y relativamente de manera simultánea con lo ocurrido en la joven nación” (2021, p. 14).

La publicación de impresos periódicos en imprentas locales se remonta a 1880 y se intensifica durante la primera mitad del siglo XX. Esta actividad periodística sirve de plataforma para la publicación de textos literarios y motiva la conformación de redes letradas, entre las que, desde luego, se

encuentran los escritores. Por ejemplo, en 1932 el nacimiento del periódico *Juventud* constituye una iniciativa liderada por letrados emergentes tales como Ólger Salas, Félix Ángel Salas Cabezas, Edwin Salas Bermúdez, Eduardo Zamora Brenes y Trino Echeverría Campos. Si bien, no todos son literatos, uno de los objetivos medulares del círculo será el desarrollo de la producción literaria.

Por otra parte, algunos de estos impresos, a pesar de su adscripción local, intentan incidir en la dinámica literaria y política del país. Es el caso de *Surco*, que aparece en 1940 como un cuaderno quinquenal de cultura, y a partir del número nueve se traslada a San José y se convierte en el medio oficial del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales.

En cuanto al desarrollo de la literatura ramonense, Rodríguez identifica varios niveles diacrónicos. El primero corresponde al interés por la divulgación de la poesía local que asume el periódico *El ramonense* (1911-1916). El segundo, se ubica entre 1923 y 1970, y lo demarca un esfuerzo productivo que incluye libros individuales y diversas publicaciones periódicas. El tercer nivel corresponde a la constitución de varios colectivos y a la creación de revistas literarias. Converge aquí una generación disruptiva conformada por estudiantes universitarios y militantes del Partido Vanguardia Popular que aboga por el compromiso social y un círculo heterogéneo, aunque de tendencia más tradicional, que se constituye en 1978 alrededor del grupo Rescate Histórico Cultural Ramonense. Los primeros habían creado en 1974 la Agrupación de poetas ramonenses y en 1981, luego de un impasse, la retomaron con el nombre de grupo Nacimiento (2021, p. 31).

Entre las publicaciones que circulan en este tercer periodo se encuentran *El ramonense* (1973-1974), que fue auspiciada por la Cooperativa de Ahorro y Crédito de la Comunidad de San Ramón; la revista *Rescate* que publicó cuatro números en 1981 bajo la dirección de Albán Jiménez Camareno y fue retomada en

1985 por Ángela Quesada: y, finalmente, la revista *Tertulia* que inició como una publicación del grupo Rafael Estrada en 1993 y continuó como un proyecto de Extensión Cultural de la Sede de Occidente de la Universidad de Costa Rica hasta el 2007.

A pesar de esta intensa dinámica, del magisterio literario que ejerció Lisímaco Chavarría y de la representación identitaria de San Ramón como “tierra de poetas”, es curioso que no se hubiera considerado previamente una publicación que reuniera la producción literaria del cantón. Una posible razón es que, a diferencia de Guanacaste, buena parte de los autores de origen ramonense han sido tomados en cuenta para constituir el canon nacional. Por esta razón, aunque se configure como literatura de la región de Occidente, no hay un reclamo explícito en contra de la metrópoli, como el que plantea Guanacaste.

En consecuencia, la *Antología poética ramonense* que publican José Ángel Vargas, Magdalena Vásquez y Carlos Manuel Villalobos en 1990 es un proyecto que se inscribe en el marco de la academia y no una propuesta que busca legitimar la identidad local a través del discurso literario. En el espacio liminar, aparte del prólogo y la presentación, se incluye un apartado que se titula “Acercamiento crítico a la poesía ramonense”. Se intenta, mediante un análisis historiográfico, explicar el proceso de la producción que sirve de base para la antología.

Desde luego que, a pesar de la adscripción académica, los antologadores instituyen una producción discursiva altamente estimada en San Ramón. Este hecho incide en la primacía que tienen algunos autores, como Lisímaco Chavarría, frente a otras voces. En total se consideran diecinueve poetas (quince hombres y cuatro mujeres) y, a modo de anexo, se agregan doce reseñas biográficas de poetas cuyas obras no se consideraron para la antología. En el prólogo, que suscribe Óscar Montanaro Meza, se advierte “que los poemas que conforman esta antología provocarán polémica y a su calor, es posible que, de prepararse nuevas ediciones, se

incorporarán diferentes textos y otros quizás se omitirán, como resultado de nuevas lecturas” (Vargas et al., 1990, p. 3).

La impugnación, en efecto, ocurrió ocho años después. En 1998 Ángela Quesada Alvarado publica la antología *Perfil de las letras ramonenses*. A diferencia del precedente, este compendio es más inclusivo e incluye lírica, narrativa y ensayo. Toma en cuenta cincuenta y dos voces, de las cuales diez son mujeres y el resto, hombres. Sigue un orden alfabético, de modo que no diferencia entre generaciones fundacionales y emergentes. De este modo, Quesada propone un conjunto de nombres sin distinción historiográfico o cualquier otra clasificación.

Para legitimar su trabajo acude al profesor Jézer González, un prestigioso académico quien se encarga, en un prólogo, de elogiar la iniciativa y acotar algunas particularidades de la selección. Entre otros aspectos, González señala que algunos autores tienen una obra meritoria de una selección mayor que, por la naturaleza de la antología, no es posible considerarla. También se refiere a los riesgos que corre el antologador al intentar una selección representativa, pues podría haber omisiones involuntarias. En relación con la antologadora, el prologuista apunta que esta maestra de escuela y escritora, expresa aquí un entrañable amor a su pueblo por su conocimiento de la historia de San Ramón, así como su fina sensibilidad y su intuición de los valores estéticos de la obra literaria (Quesada, 1998, p. 17).

Esta última acotación del profesor González es clave para entender la perspectiva de la antologadora, sobre todo en el texto de presentación que titula: “San Ramón: la ciudad de los poetas”. En esta introducción, Quesada remarca la noción del aura letrada que idealiza la identidad ramonense. Para explicar el supuesto don que motiva la producción literaria de los ramonenses recurre a la siguiente mitificación: “A propósito de las musas, la bellísima catarata que hay en San Ramón y que hoy es un sitio turístico, se llama muy sugestivamente “Las Musas”. A lo mejor son las musas

que inspiran a los pobladores de estos lares y que siempre han estado con ellos” (1998, p. 22).

La muestra antológica sería entonces la prueba de que esta “vena poética” circunda el cantón desde el siglo XIX. A la presencia de las musas le agrega la dimensión arcádica del terruño. El paisaje también inspira al igual que, según Quesada, “las avecillas y mariposas multicolores que revoloteaban por todos lados. Los ríos con sus aguas cantarinas, limpias y transparentes saciaban la sed del caminante y ofrecían un hermoso espectáculo a la vista e invitaban a darse un chapuzón” (1998, p. 23).

Con base en este ideario, es coherente entonces que esta antología incluya todas aquellas voces que manifiestan su afición por la literatura, sin distinguir de tendencias estéticas o temáticas. En este sentido, Quesada impugna la propuesta antológica de Vargas, Vásquez y Villalobos. Destaca que los antologadores son docentes universitarios y señala que es un valioso trabajo, pero reclama que algunos autores aparecieran citados, sin ninguna muestra de su obra, entre estos, por cierto, ella misma. A diferencia del compendio impugnado, el que ella propone: “incluye a aquellos que han escrito tanto poesía como prosa, a veces poética, a veces no necesariamente, sobre todo leyendas, cuentos, narraciones o relatos sobre la infancia o la vida de alguno de ellos o del pueblo y sus gentes” (1998, pp. 23-24).

Estas son las únicas dos antologías ramonenses que se publicaron en el siglo XX y, las que hasta el momento han planteado la intención de conformar un posible canon literario del cantón. En el 2024, se publica una nueva recopilación de voces poéticas que se suma a dicho campo antológico. Esta vez, sin embargo, el propósito historiográfico y la configuración canónica no forman parte del objetivo central, pues se trata de una muestra que recoge el trabajo de los integrantes del grupo literario Ceniza Huetar. Dicha agrupación, dirigida por el poeta Gustavo Arroyo, fue fundada el 19 de enero del 2012 y

periódicamente se reúnen en el Museo José Figueres Ferrer. Más allá de la afirmación regional y la impugnación del canon, como es propio de estas antologías grupales, la intención primordial es dejar registro de la experiencia creativa de la colectividad. Por esta razón, el requisito para integrar la muestra es la pertenencia al grupo y no necesariamente la residencia en el cantón. Sin embargo, aunque no hagan una apología de lo regional, el grupo se inscribe como perteneciente a la zona de Occidente. En este sentido, como ya acoté a propósito de Guanacaste, el registro de las dinámicas grupales es un componente clave para la determinación del corpus antológico regional.

Por otra parte, el cantón ramonense es sede de concursos literarios. Destacan el Certamen de Poesía Lisímaco Chavarría que promueve el Centro Cultural e Histórico José Figueres Ferrer desde el 2003 y el Certamen Literario Corina Rodríguez, organizado por el Posgrado en Enseñanza del Castellano y la Literatura de la Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente, desde el 2021. Anualmente, las obras ganadoras del premio Lisímaco Chavarría se dan a conocer mediante una antología, pero al igual que en el caso del Certamen Brunca en Pérez Zeledón, al ser un concurso de convocatoria nacional, los incluidos no necesariamente son autores de la región; de modo que las antologías de este concurso, aunque se publiquen en San Ramón, no son pertinentes para la constitución o impugnación de los cánones locales desde la mirada regional.

4. El Pacífico Central: la región emergente

La última de las regiones que considero en este estudio es la del Pacífico Central. Desde el punto de vista cronológico, hasta el momento, es la más reciente en constituir un corpus antológico literario. Destacan en esta zona el surgimiento de dos proyectos: uno ubicado en la ciudad de Miramar, con una antología que se publicó en 1995; y el otro, más intenso y constante, en la ciudad de Puntarenas con dos compendios publicados hasta el momento: el primero en el 2019 y el segundo en el 2023.

El proyecto pionero de esta serie, como ya lo señalé, surgió en el cantón de Montes de Oro en 1995. Este año, con el auspicio del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes se publicó la *Antología literaria de Montes de Oro*, cuyos antologadores fueron Germán Espinoza Villegas y Germán Núñez Vetrano. Dicha publicación no surgió por casualidad, pues forma parte de la dinámica cultural que se viene desarrollando en Miramar desde 1965 cuando se creó, con vocación literaria, el Grupo Cuatro y el periódico mimeografiado Oro Nuevo (Espinoza y Núñez, 1995, p. 12).

La antología, como la mayoría de su género, intenta visibilizar la identidad local y para ello utiliza como recurso liminar una introducción titulada “Aspectos culturales de Montes de Oro” donde se destacan algunos hitos de la historia del cantón que justo celebra el 80 aniversario.

La antología incluye indistintamente narrativa y poesía. En total considera veintiséis autores vinculados con Montes de Oro, ya sea por nacimiento o residencia. A diferencia de otras selecciones que establecen una curaduría cronológica o alfabética, en este caso se recurre a una metodología de jerarquización por relevancia de los autores. Según este criterio los antologados se clasifican en tres estratos: los primeros veintidós, corresponden a la categoría de principiantes. De seguido, en un segundo nivel, se presenta un apartado que se intitula: “Dos autores con mayor experiencia en las letras”. Estos poetas de mayor relevancia son “casualmente” los mismos antologadores. Pero el puesto de privilegio y que titulan “Los profesionales de las letras” se lo otorgan a Guillermo Arguedas y Marco Retana. Este último, por cierto, es el encargado de escribir el prólogo. Dicho movimiento miramarense, sin embargo, no consigue perpetuarse, a diferencia de la dinámica cultural que se desarrolla en la ciudad de Puntarenas, donde se ha propiciado un proceso de formación literaria gracias al Taller Literario Francisco Zúñiga Díaz que inició en 1995 y al Colectivo Faro Cultural (2018) que se reconstituyó como Colectivo Poético Costeño a partir del 2021

(Arroyo, 2023, p. 55). Entre otras publicaciones periódicas las obras de estos autores se han divulgado en la revista *Cuadernos de Poesía Puntarenense*.

Como parte de estas inquietudes culturales, en el 2019 Gabriela Toruño Soto y Elena Manzanarez Juárez propusieron al Ministerio de Cultura y Juventud una beca taller para el desarrollo de proyectos culturales con la intención de promocionar la expresión literaria en Puntarenas. Plantearon un trabajo de recopilación historiográfica de las expresiones poéticas orientadas al arraigo porteño. Como resultado de este proyecto, que finalmente aprobó el Ministerio, Toruño y Manzanarez gestionaron un compendio que titularon: *Antología poética puntarenense: Letras de Arena. Palabras de Nuestra Gente 2019: poemas desde 1990-2019*. Dicha recopilación considera veintiún autores procedentes de la ciudad de Puntarenas y cantones aledaños.

De manera similar a la antología que editaron los miramarenses, en esta hay una curaduría basada en distinciones. Sin embargo, aquí no se hace de manera explícita. Para marcar las relevancias se insertaron, en medio de la antología tres apartados acompañados de comentarios críticos. El primero, denominado “Portadores de tradición” se propuso destacar a cuatro figuras populares que produjeron obras con estructuras y temas tradicionales. Son Lidieth Castillo Rodríguez, Mario Zúñiga Fallas, Oldemar Ramírez Vargas y el folclorista Abelardo Braís, procedente de Isla Chira. Según la presentación de dicha sección, en el marco de la beca aprobada por el Ministerio, estos nombres responden al objetivo de rescatar el “patrimonio cultural inmaterial de nuestra región y sus comunas” (Toruño y Manzanarez, 2019, p. 119). La muestra está precedida por dos comentarios que suscribe Yordan Arroyo, uno sobre la obra de Castillo Rodríguez y el otro sobre Zúñiga Fallas.

Los siguientes dos comentarios están dedicados a resaltar el trabajo específico de las antologadoras. El primero es un análisis

de la obra de Gabriela Toruño escrito por Miguel Fajardo y precede la selección de los poemas de la autora. De seguido, se incluyen los poemas de Elena Manzanarez y, al final, Yordan Arroyo, suscribe un comentario donde analiza tres poemas de ella.

El documento que cierra la antología es una reseña biográfica de Francisco Zúñiga Díaz elaborada por Hiram Castro. Se trata de un reconocimiento a la obra y gestión de este autor oriundo de la región; sin embargo, a pesar del magisterio literario, no se incluyen poemas suyos en la muestra. Otra particularidad de esta selección es que, al cotejar la lista de los autores incluidos en la antología de Miramar, ninguno fue considerado en este compendio que se plantea como provincial y, por lo tanto, debería abarcar también la producción del cantón de Montes de Oro.

Esta misma exclusión, referida a Miramar, la señala Arroyo a propósito de la antología que, en el 2023, recoge el trabajo de los integrantes del Colectivo Poético Costeño. De acuerdo con Arroyo, en este caso el criterio estético pesó más que el geográfico (2023, p. 55). Dicha antología será la tercera que se publica en la región y la primera que se constituye para mostrar el trabajo de una agrupación literaria.

El antologador, quien ya había colaborado en la *Antología poética puntarenense*, procura que este nuevo compendio supere los criterios de selección que mediaron en la anterior. Se distancia de la noción historiográfica o el rescate de la tradición y privilegia el criterio estético. Considera que solamente trece de los integrantes del Colectivo tienen méritos para conformar la muestra. Este número es el que le da título al libro: *Bitácora de 13 navegantes en Pan-de-mar*.

En el marco de la rigurosidad que pretende el proyecto, además de un prólogo crítico que el antologador intitula “Reconstruir una flota con trece marineros”, previamente incluye un texto, también académico, del argentino Damían Leandro Sarro, quien reflexiona sobre la noción de Weltliteratur

de Goethe. Es un concepto del idealismo alemán que se refiere a las reciprocidades que operan en el espíritu de los pueblos a través de la creación literaria. Leandro sostiene que este tejido heterogéneo al que se refiere Goethe permea el problema de la literatura costarricense y en este caso la puntarenense.

Arroyo, sin embargo, parte de una premisa distinta. Desde su punto de vista la literatura que él define como “puntarenense”, más allá de la heterogeneidad que subyace en dicha noción, no se equipara a la literatura costarricense, pues forma parte de lo periférico en contraposición con el “vallecentralismo” (2023, p. 48). Precisamente esta diferenciación, que se adscribe al campo académico de los estudios regionales, lo llevó a investigar sobre la historia de la literatura puntarenense. Es consciente de las dificultades que tiene Puntarenas para su delimitación como una región literaria, pues algunos de sus cantones se ubican en la zona sur del país. A esta particularidad hay que agregarle los procesos de migración. Algunos autores oriundos de la provincia tienen mayor afinidad con sus zonas actuales de residencia. Esta circunstancia, sin embargo, no es exclusiva de los porteños. La misma disyuntiva persiste en las demás regiones y es un asunto que repercute ineludiblemente en la mayoría de las antologías que definen su corpus con base en criterios geográficos.

En el marco de la historia del campo antológico puntarenense corresponde mencionar un proyecto sui generis que se gestó entre el 2002 y 2003 en el entonces Distrito de Monteverde (actual cantón de la provincia de Puntarenas). En febrero del 2002 se organizó en dicha comunidad el I Encuentro Internacional “El poeta y su medio ambiente” (Naranjo, 2003, p. 7). Participaron poetas nacionales y extranjeros, a los que se sumó un grupo de autores locales que integraban el taller Tertulia del bosque. Fue una iniciativa liderada por la poeta costarricense Luisiana Naranjo, de la que surgió, a modo de memoria, una antología que se publicó en el 2003. El compendio contiene poemas de los autores nacionales e internacionales

que participaron en la actividad. En un tercer apartado se incluyen textos de diez de los autores monteverdenses que participaron en el taller. La antología cierra con una muestra de poemas escritos por estudiantes de la Escuela los Amigos, cuyos textos previamente habían sido publicados en la revista estudiantil Gravitación.

Aunque el taller que dirigió la poeta Naranjo se mantuvo por alrededor de tres años, aparte de esta memoria relativa a un evento particular, no se publicó ningún otro compendio que privilegiara la literatura local. Un hecho relevante, vinculado con esta sinergia cultural, fue la gestación del círculo Gato Pardo, una agrupación de artistas, la mayoría poetas, que en los últimos años han liderado la dinámica cultural del cantón. Sin embargo, hasta la fecha tampoco este grupo ha reunido sus trabajos en una antología propiamente.

5. Consideraciones finales

De acuerdo con este estudio preliminar el corpus posible de las antologías regionales en estas tres regiones se compone, hasta la fecha, de dieciséis documentos. La región que muestra mayor intensidad es Guanacaste con diez antologías. Puntarenas (incluido Montes de Oro) y San Ramón tienen tres, respectivamente.

La mayoría de los compendios están dedicadas a experiencias creativas o talleres literarios. En segundo lugar, se encuentran las antologías panorámicas de carácter historiográfico. Además, tal y como lo señalé, he identificado tres compilaciones excepcionales en Guanacaste: una dirigida a niños, otra sobre identidad de género y la última dedicada al activismo político. En cuanto al tema de la inclusión o exclusión de género, excepto la antología *Otras Lunas* de Miguel Fajardo, en términos generales, hay una preponderancia heteropatriarcal.

Además de las antologías registradas en estas tres regiones, más Pérez Zeledón y Turrialba, que estudié en otro

artículo, en Costa Rica hay otras experiencias que amplían aún más este mapa. Es el caso de Buenos Aires de Puntarenas donde funciona el Círculo Literario Luz Alba Chacón. Aunque no han publicado una antología, mantienen la revista *Literatura Bonaerense* donde compendian la producción del colectivo. Otro ejemplo, ubicado más cerca de la capital, es el Círculo de poetas belemitas en Belén de Heredia. Fue fundado por Alberto Fonseca en 1996 y publicó una antología en el 2000 con una muestra poética de siete de sus integrantes.

Otra zona que se acerca a este paradigma es la región Huetar Norte liderada por San Carlos. Aquí también es posible ubicar una dinámica literaria que ha tenido protagonismo desde la década de 1980 con la creación de revistas como *Trapiche* y más tarde *Fronteras*. Sin embargo, para efectos del campo antológico falta la sistematización de un proyecto que reúna las voces que confluyeron en esta experiencia.

Entre el 2017 y 2018, Elvis Alberto Cornejo, mediante una beca del Ministerio de Cultura y Juventud, recoge una muestra de textos literarios de San Carlos, Upala, Los Chiles, Guatuso Malecu, Río Cuarto, Sarapiquí, Zarcero, San Lorenzo y Peñas Blancas de San Ramón. Este trabajo se publica con el título de *Antología literaria Huetar Norte Costa Rica*. Sin embargo, el libro responde a una intención más bien etnográfica y, aunque es valioso como proyecto de expresión popular, desconoce cuáles son los referentes literarios de la región, su historia y las discursividades que se han construido desde las dinámicas del campo literario.

Esta línea de acento etnográfico abre otra veta que, por ahora, no he considerado, pues me ocupó de las antologías que impugnan el canon oficial desde el quehacer de los colectivos literarios organizados en las regiones. Pero es posible identificar un campo antológico dedicado a la oralidad que se suma a las miradas periféricas. Destacan las tradiciones orales propias de las comunidades originarias que han compilado principalmente los

lingüistas, una serie de trabajos que recogen la herencia oral de las comunidades afrodescendientes y compendios que recuperan el folclor de otras regiones como es el caso de Guanacaste.

Para citar algunos de los textos que podrían integrar este corpus, en el ámbito de las tradiciones de las comunidades originarias están, entre otros, la *Antología de poesía de los principales grupos indígenas de Costa Rica* (1996) de Adolfo Constela; *Kó Késka. El Lugar del Tiempo. Historias y otras tradiciones orales del pueblo bribri* (1997) de Carla Jara y Alí García o *Leyendas y tradiciones borucas Tomo I y II* (2011) de Adolfo Constela y Espíritu Santo Maroto.

El corpus de las tradiciones orales afrodescendientes también cuenta con una amplia divulgación antológica. Entre otros compendios destacan los *Cuentos tradicionales afrolimonenses* (1995) de Guiselle Chang; *Cuentos afrocaribeños de la Araña Anancy y sus amigos* (2008) de Carol Briton o *Anancy en Limón. Cuentos afro-costarricenses* (2002) de Edwards Joice Anglin.

En el caso del folclor guanacasteco, esta tarea fue emprendida en 1923 por María Leal de Noguera con la publicación del libro *Cuentos Viejos* y más recientemente, en 2007, Santiago Quirós Rodríguez publicó la antología *Cuentos guanacastecos. El cuento popular y tradicional guanacasteco de trasmisión oral*. Recoge cuarenta relatos mediante un trabajo de campo realizado entre 1984 y 1990. Aunque ciertamente también impugnan el canon, estos textos no lo hacen desde la confrontación a la metrópoli geográfica, sino a la hegemonía discursiva o preponderancia de ciertos géneros discursivos escritos.

Según la definición original de Bourdieu, ningún campo es estable pues conforman una lucha entre principios heterónomos (económicos y políticos) y autónomos (de carácter estético) (1995, p. 321). Esta premisa aplica, desde luego, para el campo antológico que estudio. Cada experiencia tiene sus especificidades y sus conflictos internos. Algunas antologías, como es el caso de San Ramón, surgen por impugnación de otra que la antecede. En

este caso, la antología es el medio que se utiliza para documentar la disidencia. También a lo interno de las regiones pueden darse configuraciones que reproducen el esquema de centro periferia. Esto ocurre con mucha claridad en Puntarenas en relación con Miramar, pues el movimiento literario que produjo una antología en 1995 no fue tomado en cuenta como referente de la provincia en la antología panorámica de la literatura puntarenense del 2019 y en la antología del 2023 no se consideró ningún escritor procedente del cantón de Montes de Oro, como de hecho lo acota el propio antologador.

En el contexto costarricense, la impugnación más férrea es la que se ha producido en Liberia. El Centro Literario de Guanacaste, además de la promoción literaria, ejerció una función política y, de hecho, impulsó iniciativas partidarias en nombre de la guanacastequidad. Se han definido a sí mismos como una “patria regional” que reclama su inclusión en la “patria nacional”. Una de las pruebas que demuestran la discriminación es el hecho de que el canon nacional omita a los autores procedentes de esta región. Las antologías, en consecuencia, son demostraciones “de fuerza” numérica o argumentos con los que se objeta el olvido “vallecentralista”. Es el caso que mejor representa la noción del “golpe doble” (estético y político; interno y externo) al que hacía referencia Bourdieu a propósito de las estrategias del campo literario (1995, p. 308).

Este último punto marca también otra de las diferencias en la estrategia antológica. Mientras algunas son mapeos generales con pocas o nulas filtraciones ideoestéticas, otras sopesan diversos criterios para incluir y excluir autores. En el caso de las antologías que documentan el trabajo específico de una agrupación, lo usual es que se incluyan todos los integrantes sin distingo alguno. Una excepción, sin embargo, es la antología que recoge la obra de los miembros del Colectivo Poético Costeño, pues en este caso el antologador estableció criterios de selección.

A lo interno de las regiones, las antologías dialogan con la identidad de las comunidades e instituyen el canon local. Los espacios liminares son aprovechados para enmarcar en la historia comunal la producción literaria, la experiencia de los colectivos y las vicisitudes de la tradición literaria. Estas introducciones o prólogos además de contribuir con la historia de campo cultural aportan las claves estéticas que justifican la inclusión o exclusión de autores y de textos en cada una de las antologías.

Referencias

- Anglin Edwards, J. (Ed.). (2002). *Anancy en Limón: cuentos afrocostarricenses*. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Arroyo, Y. (2020, 9 de setiembre). Puntarenas: puerto de los poetas. *Semanario Universidad*. <https://semanariouniversidad.com/opinion/puntarenas-el-puerto-de-los-poetas/>
- Arroyo, Y. (Ed.). (2023) *Colectivo poético costeño. Bitácora de 13 navegantes en Pan-de-mar*. Nueva York Poetry Press.
- Baeza Flores, A. (1978). *Evolución de la poesía costarricense 1574-1977*. Editorial Costa Rica.
- Baeza Flores, A. (1983, setiembre-octubre) Una antología de la joven poesía guanacasteca. *Hojas de Guanacaste*. (7), 11-12
- Bonilla, A. (1967). *Historia de la literatura costarricense*. Editorial Costa Rica.
- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Anagrama.
- Briton, C. (Ed.). (2008). *Cuentos afrocaribeños de la Araña Anancy y sus amigos*. Instituto Costarricense de Enseñanza Radiofónica (ICER).

- Calvo Canossa, E. y Ssacal, A.A. (Eds.). (2017). *Festival de poesía Aracari: Memoria 2015-2016*. Valicrom Limitada.
- Ceniza Huetar. (2024). *Antología Poética*. Dimensión inédita.
- Chang, G. (Comp.) (1995). *Cuentos tradicionales afrolimonenses*. Editorial Costa Rica.
- Constela Umaña, A. (Ed.). (1996). *Antología de poesía de los principales grupos indígenas de Costa Rica*. Editorial Universidad de Costa Rica.
- Constela Umaña, A. (Ed.). (1996). *Poesía tradicional indígena costarricense*. Editorial Universidad de Costa Rica.
- Constela Umaña, A. y Espíritu, S. (Eds.). (2011). *Leyendas y tradiciones borucas. Tomos I y II*. Editorial Universidad de Costa Rica.
- Debravo, J. 1963. *Devocionario del amor sexual*. Líneas grises.
- Espinoza Villegas, G. y Núñez Vetrano. G. (Eds.). (1995). *Antología literaria de Montes de Oro*. Ministerio de Cultura Juventud y Deportes.
- Fajardo, M. (Ed.). (1996). *Otras lunas: presencia femenina en la literatura de Guanacaste. (1891-1996)*. Ediciones Zúñiga y Cabal.
- Fajardo, M. (Ed.). (2019). *Florilegio de las nuevas voces guanacastecas*. Lara Segura & Asociados.
- Fajardo, M. (Ed.) (1983, julio-agosto). Joven poesía guanacasteca 1954-1967. *Hojas de Guanacaste*. (6), 3-8.
- Fajardo, M. (Ed.). (2024). *Guanacaste. Poesía entre siglos*. EUNED.
- Fajardo, M. et alt. (Eds.) (1991). *Confraternidad Guanacasteca Siempre*. Ediciones Zúñiga y Cabal.

- Fajardo, M. y Gardela, M. T. (Eds.). (1987). *La región del Arco Iris. Poesía de Guanacaste para Escuelas*. Filial Regional de la ANDE.
- Fajardo, M. y Gardela, M.T. (1987). *Hojas líricas de Guanacaste. Florilegio del Centro Literario de Guanacaste*. Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación Pública.
- Fajardo, M. y Porras, S. (Ed.). (2024). *Cuentos y otros escritos de Guanacaste*. EUNA Y EUNED.
- Fernández, M. (Ed.). (1990). *Lira costarricense: colección de composiciones de poetas de Costa Rica* (Ed. facsímil). Editorial Universidad de Costa Rica
- Fonseca, A. (Ed.). (2000). *Antología Círculo de Poetas Belemitas*. s.ed.
- Gardela, M. T. (1995). *Guanacaste, árbol poético. Tesis para optar al grado de Licenciado en Filología Española*. Universidad de Costa Rica.
- Gardela, M. T. (Ed.). (1986). La voz lírica de Guanacaste. *Revista Tiempo actual*. Año X (39).
- Gardela, M.T. (Ed.). (2004). *Guanacaste escribe: Antología Centro literario de Guanacaste (30 años)*. Imprenta Nacional.
- Jara, C. y García, A. (Eds.). (1997). *Kó Késka: El Lugar del Tiempo. Historias y otras tradiciones orales del pueblo bribri*. Editorial de la Universidad de Costa Rica y Comisión Costarricense de Cooperación con la UNESCO.
- Leal de Noguera, M. (1981). *Cuentos viejos*. (5ª ed.). Editorial Costa Rica.
- MacDonald, M. B. y McLaughlin, D. H. (Eds.). (1941). *Vida y obras de autores de Costa Rica*. Editorial Alfa.
- Naranjo, L. (2003). *Tertulia en el bosque: Poesía y cuento*. Impresos La carpintera S.A.

Poemas ganadores Primer Certamen de Poesía Lisímaco Chavarría Palma (2003). Centro Cultural e Histórico José Figueres Ferrer.

Quesada Alvarado, Á. (Ed.). (1998) *Perfil de las letras ramonenses*. Editorial Mirambell.

Quirós R., J. S. (Ed.). (2007). *Cuentos guanacastecos: El cuento popular y tradicional guanacasteco de transmisión oral*. Editorial Universidad de Costa Rica.

Rojas, M. y Ovares, F. (2018). *100 años de literatura costarricense*. Tomos I y II. Editorial Costa Rica y Editorial Universidad de Costa Rica.

Sandoval de Fonseca, V. (1978). *Resumen de la literatura costarricense*. Editorial Costa Rica.

Toruño Soto, G. y Manzanarez Juárez, E. (Eds.). (2019) *Antología poética puntarenense: Letras de Arena Palabras de Nuestra Gente 2019: Poemas desde 1990-2019*. Publicaciones El Atabal, S.A.

Vargas, J. Á. et al. (Eds.). (1990). *Antología poética ramonense*. Ediciones Zúñiga y Cabal.

